

II.

La carta del señor de Mayenne.

La duquesa se apoderó de la carta, y la leyó con ansiedad sin cuidarse de disimular las impresiones que se pintaban en su rostro, como unas nubes en un cielo tempestuoso.

Cuando acabó de leerla, la pasó á Mayneville que estaba tan inquieto como ella misma. La carta traída por Ernautón estaba concebida en estos términos :

- » Querida hermana : he querido meterme á
- » capitán aventurero ó á espadachín, y he sido
- » castigado por mi imprudencia.

» He recibido una terrible estocada del tunante
 » á quien conoces y con quien hace tiempo tengo
 » pendiente una cuenta. Lo peor de todo es que me
 » ha matado á cinco de los míos, y entre ellos
 » á Boularon y Desnoisses, es decir, á dos de los
 » mejores ; después de esto, se escapó.

» Es preciso convenir en que le ha servido de
 » poderoso auxiliar para conseguir la victoria el
 » dador de la presente, joven y bien parecido, como
 » verás por tus propios ojos : te lo recomiendo,
 » porque es la misma discreción personificada.

» Creo que el mérito principal que en tu concepto
 » debe tener, mi muy querida hermana, consiste en
 » haberse opuesto á que mi vencedor me cortase la
 » cabeza, de la cual parecía muy ansioso, pues,
 » habiéndome arrancado la careta durante mi
 » desmayo, me pudo reconocer.

» Te encargo mucho que procures descubrir el
 » nombre y profesión de ese discreto caballero,
 » pues me parece sospechoso al mismo tiempo que
 » me interesa. Á todas mis ofertas de servirle,
 » se ha contentado con responder que el amo á
 » quien sirve no le deja carecer de nada.

» Nada más puedo decirte acerca de él, pues te

» digo todo lo que sé : ha fingido no conocerme ;
 » observa bien sus pasos.

» Padezco mucho de la herida, pero me figuro
 » que mi vida no corre peligro. Enviame sin tar-
 » danza á mi cirujano, porque estoy tendido sobre
 » paja como un caballo. Mi mensajero te enterará
 » del sitio en que me deja.

» Tu afectísimo hermano,

» MAYENNE. »

La duquesa y Mayneville se miraron atónitos,
 no bien éste hubo recorrido las anteriores líneas ; la
 primera rompió al fin aquel silencio que hubiera
 acabado por infundir sospechas á Ernautón, y pre-
 guntó á éste :

— ¿ Á quién somos deudores, caballero, del
 señalado servicio que nos habéis hecho ?

— Á un hombre, señora, que siempre que puede
 presta auxilio á los débiles contra los fuertes.

— ¿ Queréis referirme algunos pormenores de
 ese encuentro ? — replicó la duquesa.

Ernautón contó entonces todo cuanto había pre-
 senenciado, indicando también la cabaña en que que-
 daba el duque. La hermana de éste y Mayneville le

escuchaban con el interés que el lector puede muy bien concebir.

— ¡Y debo esperar, caballero, — le preguntó la duquesa cuando acabó su relación, — que continuaréis, como habéis comenzado, adhiriéndoos desde ahora á nuestra casa?

Estas palabras pronunciadas con aquel tono gracioso que la duquesita de Montpensier sabía emplear cuando lo requería la ocasión, encerraban sin duda un sentido sumamente lisonjero, si se tiene en cuenta la declaración amorosa que Ernautón había creído dirigir á la dama de honor de la princesa; pero nuestro joven, olvidando su amor propio, redujo dichas palabras á su significación de pura curiosidad.

Demasiado conocía que declinar su nombre y sus cualidades era abrir los ojos de la duquesa sobre las consecuencias de los acontecimientos en que había tomado parte, pues adivinaba que al imponerle el rey la condición de que le revelase el retiro de la duquesa, tenía miras que no podían reducirse al simple deseo de saber dónde habitaba su enemiga.

Dos intereses distintos embargaban su ánimo; como enamorado, podía sacrificar uno de ellos,

pero, como hombre de honor, no debía abandonar el otro.

La tentación debía ser tanto más fuerte cuanto que, declarando la posición que ocupaba cerca del rey, ganaba no poca importancia en el ánimo de la duquesa, lo cual era de gran valía para un joven recién llegado de Gascuña.

Sainte-Maline no habría resistido á la tentación el espacio de un segundo.

Todas esas reflexiones se agolparon en tropel á la imaginación de Carmainges, y no tuvieron otra influencia que aumentar algo más su orgullo haciéndole más fuerte contra sí mismo.

Y ese orgullo le era permitido, porque era algo á los ojos de los demás y mucho á los suyos propios, precisamente cuando acababan de tomarle en cierto modo por un juguete.

La duquesa aguardaba su respuesta á esta pregunta que le había hecho:

— ¡Estáis dispuesto á adheriros á nuestra casa?

— Señora, ya he tenido el honor de decir al señor de Mayenne que tengo buen amo, y que me trata tan bien, que no me es posible buscar otro mejor.

— Mi hermano me advierte en su carta que, la parecer, no le habéis reconocido. ¿Cómo, pues, habéis pronunciado aquí su nombre para llegar á verme?

— El señor de Mayenne, señora, deseaba al parecer no ser conocido; por lo mismo creí que debía respetar sus intenciones, pues, en efecto, puede haber algún inconveniente en que los aldeanos que le han dado hospitalidad lleguen á saber quién es el ilustre herido. Aquí no sucede lo mismo, y como el nombre del señor de Mayenne debía abrirme las puertas para acercarme á vos, lo he invocado: en ambos casos he creído proceder convenientemente.

Mayneville miró á la duquesa como diciendo:

— Tiene un talento despejado.

Ella comprendió la idea y miró á Ernautón sonriéndose.

— Nadie esquivaría la cuestión mejor que vos, caballero, — dijo al fin, — y confieso que sois hombre de recursos.

— Me parece que nada tiene de particular lo que acabo de exponeros, — contestó el joven.

— Lo que más claramente se deduce de todo esto, — repuso la duquesa impaciente, — es que nada

queréis decir. Tal vez no reflexionáis que el reconocimiento es una carga demasiado pesada para quien lleva mi nombre, que soy mujer, y que dos veces me habéis servido; de modo que si yo quisiese saber vuestro nombre, ó más bien quién sois...

— Perfectamente, señora, ya veo que os es muy fácil informaros de todo, mas no por mí, sino por otro, en cuyo caso nada habré dicho yo.

— Siempre tiene razón, — murmuró la duquesa fijando en Ernautón una mirada que, á haber sido entendida por éste, le hubiera lisonjeado más que todas cuantas se le habían dirigido hasta entonces.

Nada más podía exigir, y así, semejante al catedor que abandona la mesa después de haber saboreada el mejor vino, Ernautón saludó á la duquesa pidiéndola permiso para retirarse.

— ¿Conque nada más tenéis que decirme, caballero? — le preguntó ésta.

— He cumplido mi comisión, señora, y solo me resta ofrecer á V. A. mi más respetuoso homenaje.

La duquesa le siguió con la vista sin devolverle el saludo; pero apenas se cerró la puerta del salón exclamó, dando una patada en el suelo:

— ¡ Mayneville, haced que sigan los pasos de ese joven !

— Imposible, señora, — respondió Mayneville : — todos nuestros hombres están prontos, y yo mismo espero de un momento á otro el desenlace : este es mal día para emplearlo en cosa que no sea la que nos hemos propuesto.

— Decís bien, Mayneville, soy una loca, pero después del suceso...

— Después del suceso se hará lo que gustéis, señora.

— Sí, sí ; ese hombre inspira sospechas á mi hermano.

— Sea ó no sospechoso, parece un honrado caballero, y los hombres honrados son muy raros en estos tiempos. Preciso es convenir también en que nos favorece la fortuna, supuesto que un extraño nos ha caído del cielo para hacernos un servicio tan importante.

— No importa, no importa, Mayneville ; si tenemos que abandonarle en estos momentos, vigíladle al menos después.

— Después, señora, no tendremos necesidad de vigilar á nadie.

— Vamos, ya veo que no sé lo que me digo ; tienes razón, Mayneville ; he perdido la cabeza.

— Á un general como vos, señora, le es permitido distraerse un poco el día antes de la batalla.

— Es verdad, pero ya se acerca la noche, y debemos estar alerta, porque el Valois debe volver de Vincennes.

— ¡ Oh ! Todavía tenemos tiempo, pues no han dado las ocho y aun no han llegado todos nuestros auxiliares.

— ¿ Les habéis dado el santo y seña ?

— Sí, señora.

— ¿ Es gente segura ?

— Á toda prueba.

— ¿ Cómo vienen ?

— Paseándose separados para no inspirar sospechas.

— ¿ Cuántos son ?

— Cincuenta, más de los que se necesitan ; además de estos cincuenta hombres, tenemos doscientos frailes que valen por otros tantos soldados, si es que no valen más.

— Tan pronto como lleguen nuestros hombres, haced formar en el camino á vuestros frailes.

— Ya están prevenidos, señora: interceptarán el camino, los nuestros empujarán el coche sobre ellos, la puerta del convento estará abierta, y no habrá que hacer más que cerrarla cuando el carruaje esté dentro.

— Vamos, pues, á cenar, Mayneville: esto nos hará pasar el tiempo. Es tal la impaciencia que tengo, que quisiera adelantar la aguja del péndulo.

— La hora llegará; estad tranquila.

— ¿Pero nuestros hombres, nuestros hombres?

— Aquí estarán á la hora designada; apenas acaban de dar las ocho; todavía no perdemos tiempo.

— Mayneville, Mayneville, mi pobre hermano me encarga que le envíe su cirujano; el mejor cirujano, el mejor tópico para la herida de Mayenne, sería una mecha de los cabellos del Valois tonsurado, y el hombre que semejante presente le llevase, podía estar seguro de que le llevaba la suprema felicidad.

— Dentro de dos horas, señora, partirá ese hombre á ver á nuestro querido duque en su retiro,

y saliendo de París como fugitivo, volverá como triunfador.

— Una palabra más, Mayneville, — dijo la duquesa parándose en el umbral de la puerta.

— Hablad, señora.

— ¿Están prevenidos nuestros amigos de París?

— ¿Qué amigos?

— Los de la Liga.

— Guárdeme Dios de semejante cosa, señora; porque avisar á un vecino es tocar la campana mayor de la Catedral. Pensad en que, dado el golpe, tenemos que despachar, antes que nadie sepa nada, hasta cincuenta correos, y entonces el prisionero estará en seguridad en el claustro; entonces podremos defendernos contra su ejército. Si entonces es necesario, nada arriesgaremos ya, y podremos gritar sobre el techo del convento: « ¡El Valois está en nuestro poder! »

— Veo que sois sobrado hábil y prudente, Mayneville, y con razón os llama el Bearnés director de la Liga. También yo pensaba hacer lo que acabáis de decir, pero estaba confusa. ¿Sabéis, Mayneville, que es grande mi responsabilidad, y que jamás, en

ningún tiempo, mujer alguna habrá emprendido y acabado una obra semejante á la que yo medito ?

— Bien lo sé, señora, y por lo mismo me estremezco al aconsejaros.

— En fin, resumamos, — dijo la duquesa con aire de autoridad : — ¿ los frailes llevan armas debajo de los hábitos ?

— Sí, señora.

— ¿ Nuestra gente está ya en camino ?

— Debe estarlo á estas horas.

— ¿ El pueblo lo sabrá después de darse el golpe ?

— Es negocio de tres correos ; en diez minutos llegará el aviso á Lachapelle-Martean, Brigard y Bussy-Leclerc, y éstos por su parte avisarán á los demás.

— Ante todas cosas que mueran aquellos dos badulaques que vimos pasar al estribo del coche ; hecho esto contaremos después el suceso como más convenga á nuestros intereses.

— ¡ Matar á esos pobres diablos ! — exclamó Mayneville. — ¿ Creéis que sea necesario matarlos, señora ?

— ¿ Loignac ? ¡ Gran pérdida !

— Es un soldado valiente.

— Un pícaro afortunado, como ese otro galafate que cabalgaba á la izquierda del coche con sus ojos de candela y su piel negra.

— ¡ Oh ! en cuanto á ése tendría menos repugnancia ; no le conozco, y, por otra parte, soy de vuestro parecer, señora ; tiene una cara muy mala.

— ¿ Luego me lo abandonáis ? — dijo la duquesa riendo.

— ¡ Oh ! de muy buena gana, señora.

— Muchas gracias.

— Yo, señora, no discuto ; lo que digo es siempre por vuestra honra y por la moralidad del partido que representamos.

— Está bien, está bien, Mayneville, ya se sabe que eres un hombre virtuoso, y se te firmará el certificado, si es necesario. No hay para que mezclarte en este negocio : ellos habrán defendido al Valois y morirán defendiéndole. Solo te recomiendo á ese joven.

— ¿ Qué joven ?

— El que acaba de salir de aquí ; mira si en efecto ha partido, no sea algún espía enviado por nuestros enemigos.

— Señora, — dijo Mayneville, — estoy á vuestras órdenes.

Y dirigiéndose al balcón, entreabrió las persianas, asomó la cabeza y procuró ver hacia fuera.

— ¡ Oh, qué noche tan oscura ! — exclamó.

— Buena, excelente noche, — replicó la duquesa ; — cuanto más oscura mejor ; así pues, ¡ ánimo, mi capitán !

— Sí, pero no veremos nada, señora, y sin embargo, os importa mucho ver.

— Dios, cuyos intereses servimos, ve por nosotros, Mayneville.

Éste, que al parecer no era tan confiado como madama de Montpensier en la intervención de Dios en negocios de este género, volvió á asomarse al balcón, y mirando de la manera que podía hacerlo en la obscuridad, permaneció inmóvil.

— ¿ Ves pasar gente ? — preguntó la duquesa apagando las luces por precaución.

— No, pero oigo pasos de caballos.

— Ea, ellos son, Mayneville : todo va bien.

Y la duquesa miró si llevaba todavía colgado á la cintura el famoso par de tijeras de oro que tan gran papel debía representar en la historia.

III.

Como don Modesto Gorenflot bendijo al rey á su paso por delante del priorato de los Dominicos

Ernautón salió con el corazón oprimido, pero con la conciencia bastante tranquila ; pues había tenido la singular dicha de declarar su amor á una princesa, y de hacer olvidar con la conversación importante que se suscitó en seguida, esa declaración, para que no le perjudicase en el presente, y para que pudiese serle provechosa en lo venidero.

No se limitó á esto su fortuna ; había logrado